

# NOTAS PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LA NOVELA CHILENA DE 1900 A 1950

LUIS VITALE\*

## INTRODUCCIÓN

Este análisis sociológico de la novela chilena de la primera mitad del siglo XX aspira a integrar a nuestra historia la novelística como fuente testimonial de la realidad social. Reconstruir el significado sociológico de la novela es reconstruir, en apreciable medida, la historia chilena de los primeros cincuenta años de este siglo a punto de terminar.

Objetivamente, la novela, como cualquier otra manifestación artística y cultural, es un hecho histórico que redimensiona la vida cotidiana de nuestro pueblo. Sin embargo, la historiografía tradicional contemporánea, heredera de la heurística decimonónica, sigue considerando sólo como fuente, llamada "primaria", a los documentos, especialmente de carácter institucional. De ahí, la escasa importancia asignada a la tradición oral y a las obras literarias. Menos aún, a la pintura, escultura, música y sus letras, que tanto dicen, aunque a veces se las estudia en capítulos aparte, cuando deberían estar integradas al estudio de la globalidad de la Formación Social. Inclusive, hay Historias de Chile que tienen capítulos sobre la literatura y la música, pero separados y compartimentados, sin considerar sus obras como fuente relevante para interpretar la sociedad.

La novela y el cuento no son una prueba irrefutable para la ciencia histórica ni una fuente prioritaria, pero constituyen un testimonio inapreciable para el análisis de la sociedad, especialmente de su vida cotidiana. Entregan, a veces, aproximaciones a la realidad más relevantes que las frías estadísticas y los documentos oficiales, por lo demás impregnados de la ideología de la clase dominante y, por ende, más sesgados que las obras artísticas en su apreciación de la sociedad.

De ahí, la importancia de analizar las obras de Balzac, Zola, Víctor Hugo, Stendhal, Dickens y otros, como fuente testimonial para reconstruir la Europa del siglo XIX. Del mismo modo, el historiador que aspire a recrear la contemporaneidad norteamericana, desde 1900, tendrá que releer a John Dos Pasos, Theodoro Dreiser y Howard Fast. Asimismo, no se puede analizar la historia viva de la América Latina del siglo XIX sin considerar las agudas observaciones de la realidad del colombiano Tomás Carrasquilla, del mexicano José López y Portillo, del chileno Alberto Blest Gana o de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda. Ni qué hablar de la relevancia para el análisis de la sociedad del siglo XX de las novelas de Ciro Alegría, José María Arguedas, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, Mario Benedetti, Julio Cortázar, Ernesto Sábato, Mario Vargas Llosa y otros.

---

\* Académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile

En las últimas décadas, las Ciencias Sociales han comenzado a prestar más atención a la novela y al cuento, como expresión de una parte de la realidad. Ya lo había dicho Arnold Hauser: "Sería erróneo negar al arte toda pretensión de verdad y poner en tela de juicio que es susceptible de contribuir en alto grado a nuestro conocimiento del mundo (...) que las obras de literatura constituyen una rica fuente de conocimiento no precisa de prueba especial" (*Introducción a la Historia del Arte*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1969, p. 24 y 28).

Aunque el objetivo del novelista es fundamentalmente el entramado de personajes, de una u otra manera expresa parte de la sociedad de su tiempo. En tal sentido, logra a veces dar una mejor apreciación que los científicos sociales de la compleja realidad individuo-sociedad. Hasta en las novelas de corte intimista o con enfoque psicologistas se produce una relajación entre lo que se narra y el mundo del cual es parte el autor. Conscientemente o no, el novelista proyecta de algún modo una imagen transparente o desvaída y fragmentaria de seres humanos que respiran la atmósfera de su época; habla por la boca de su tiempo, inclusive en obras como el *Ulises*.

En todo novelista está inmanente la ideología, la religiosidad, la moralidad, el trasfondo social y, sobre todo, el ambiente cultural de su país. En definitiva, una novela no es independiente de su tiempo, aunque distorsione la realidad por razones estéticas o imaginativas. Acertado o no, el autor expresa en la novela su interpretación o visión del período histórico en que transcurre su existencia.

Por eso, para una investigación sociológica de la novela es necesario conocer el estilo del escritor y la relación de su novela con la contemporaneidad, cuestión teórica y metodológica que nos ha conducido a elaborar y el contexto histórico chileno que les tocó vivir a los autores que comentamos, especialmente la vida cotidiana y el ambiente cultural entre 1900 y 1950.

Hacer sociología de la novela y el cuento requiere separar lo que es pura subjetividad del autor, lo que hay de observación concreta de la sociedad, lo que es aspiración de deseos, lo que omite o idealiza. Remarcamos: no se trata de evaluar una novela por su capacidad de reflejar la realidad, concepción anacrónica sustentada por algunos críticos stalinistas, partidarios del "realismo socialista", criticado oportunamente por Mariátegui y Trotsky en *Literatura y Revolución*.

En la investigación sociológica de la novela y el cuento no se trata de buscar una correspondencia entre la obra y la conciencia colectiva, y menos una relación mecánica entre la obra y la extracción de clase del autor. Obviamente, se produce una relación entre creación y conciencia social, pero la literatura no es un mero reflejo de la sociedad. Interpretar la realidad, aproximación que hace la mayoría de los novelistas, no significa copiarla o reflejarla.

La novela y el cuento es testimonio de un período histórico por lo que narran y, al mismo tiempo, testimonio de lo que sintieron y sufrieron los autores como personas.

No es nuestra intención hacer una sociología de la creación literaria ni una crítica literaria de los autores, tarea para la cual se requiere un equipo especializado. Sólo aspiramos a analizar la novela como fuente inapreciable de la ciencia histórica; una sociología de la novela, como aporte a una sociología de la cultura chilena; en fin, una contribución para una eventual epistemología de la novela.

En este ensayo, como en ningún otro de carácter sociológico, no cabe hacer una valoración artística de las novelas. Por eso, el lector se encontrará con que analizamos ciertas novelas y cuentos de escaso valor literario, junto a otras de reconocida calidad por los críticos especializados. Lo que interesa a nuestra investigación es si esas obras entregan inestimables observaciones sobre el comportamiento de los diferentes sectores sociales. Las apreciaciones sobre aspectos de la realidad se encuentran no sólo en las novelas llamadas "sociales" sino también en las denominadas "psicológicas", tanto por lo que dicen como por lo que sugieren.

Metodológicamente, hemos optado por analizar la novelística por tema, y no por todo lo que dice el autor. El lector encontrará que un mismo autor es citado en forma separada en diversos temas sociales. Insistimos que nuestra intención no es negar la importancia de estudiar los autores

desde el punto de vista literario, pero para nuestra investigación debemos remitirnos al análisis separado por tema. Creemos que esta metodología permite entregar una visión más global del pasado y de su estratificación social, porque no sólo se basa en la apreciación del autor sino de varios sobre una misma capa social.

Proponemos la siguiente clasificación sociológica por temática de la novela y el cuento de Chile de la primera mitad del siglo XX:

- Novela minera y cuento del carbón, salitre y cobre.
- Novela y cuento campesino de la zona centro-sur; y la Frontera sobre los mapuches, incluídas las obras sobre “bandidos”, pueblos rurales y deterioro ambiental.
- Novela de puertos y pescadores, hasta la zona austral.
- Novela urbana, sobre la clase dominante, capas medias, trabajadores y pobladores de la zona periférica pobre.
- Novela con referencia a la condición de la mujer.

Es probable que esta clasificación, que sólo tiene por finalidad establecer un ordenamiento para el análisis sociológico, omita aspectos de la vida de los movimientos sociales, en particular de los pueblos originarios y de las mujeres, aunque los tratamos en relación a otros temas.

En todo caso, es una clasificación provisoria que tiende a promover un debate y motivar nuevas investigaciones. De lo que sí estamos seguros es que puede ser de bastante utilidad a los historiadores. Nosotros no hemos elegido la temática sino que ella fue surgiendo de las propias novelas, a raíz de las transformaciones que se fueron operando en el país, que pasó de agrominero a industrial-urbano a partir de la década de 1930.

Con la aparición de nuevos sectores sociales, los temas campesinos comienzan a ser reemplazados, aunque no totalmente, por los urbanos, poniendo los novelistas el acento en la conducta de la burguesía industrial y comercial, de las capas medias, de las nuevas franjas de trabajadores y de su forma de vida en los conventillos.

En el tratamiento de los temas mineros y campesinos, mayoritarios a principios del siglo XX, los novelistas se van adscribiendo a las corrientes literarias, denominadas por los entendidos como naturalistas, cuyo realismo será distinto al de los novelistas urbanos, aunque hubo varios realismos como criollismos; proceso que corresponde a las generaciones literarias del '900, 1912, 1920, 1927 y 1938, según la clasificación que proponen Montes y Orlandi.

Nuestro objetivo es ahondar en el comportamiento de los sujetos sociales en determinado período de la historia chilena. Ya había hecho una llamada de atención Joaquín Edwards Bello: “En Chile, donde se escribe tanta historia, hasta llegar a no saberse nada (...) hacen falta muchos novelistas que nos digan algo de la vida íntima, o de la sub-historia. Necesitamos saber que se comía, cómo se amaba, cómo se vestían las señoras, cómo calzaba la gente, y qué gentes había en sociedad en los tiempos de Pérez, de Balmaceda, de Riesco, etc. Es preciso conocer no sólo la copa del árbol, sino también las raíces”. (*Recuerdos de un cuarto de Siglo*, Ed. Zig-Zag, Santiago, 1965, p. 10).

## NOVELA URBANA

El crecimiento de las ciudades, especialmente Santiago, durante el siglo XX, y las cuestiones sociales que suscitó el proceso de urbanización, produjo un cambio en la temática novelística. La atención de los autores, que antes se habían preocupado fundamentalmente por los problemas campesinos y mineros, se desplazó hacia los temas urbanos. Los negocios y las costumbres de la clase dominante de la ciudad fueron tratados con mayor profundidad que en el pasado. La lujuria burguesa del ciclo salitrero y la ulterior crisis de la oligarquía terrateniente, junto con la insurgencia

de las capas medias, especialmente a partir de la década de 1920, dio motivo a nuevos temas.

El desarrollo de Santiago originó problemas sociales agudos, como la miserable vida en los conventillos, que atrajo la atención de varios autores. Al mismo tiempo, el desarrollo del proletariado urbano con sus nuevas formas de lucha social, hizo surgir una nueva novelística.

Hemos dividido la novela urbana en: a) novela de la clase dominante; b) novela de las capas medias y c) novela sobre trabajadores y pobladores de las comunas periféricas pobres.

### *Novela de la clase dominante*

Varios autores, entre ellos Eduardo Balmaceda, Hernán Díaz (Alone), Tomás Gatica, han tratado con acierto el tema. Una de las mejores obras es *Casa Grande* de Luis Orrego Luco, nacido en 1866 en un hogar burgués de Santiago. Fue estadista, diplomático y periodista, Intendente de Colchagua, Diputado por Osorno y Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Autor de ensayos, como *Chile y el gobierno local*, *De lo viejo*, *La vida que pasa*, *En familia* (1912), *Al través de la Tempestad* (1914), *Un idilio nuevo* (1900), *El tronco herido* (1929), *Playa grande* (1947). La mayoría de los críticos literarios ha señalado que *Casa Grande* (1908) tiene un estilo pesado y un argumento banal. Sin embargo, nadie ha podido desconocer que esa obra constituye uno de los retratos más acabados de la clase dominante chilena y notable enfoque literario de la crisis de la vieja oligarquía.

En ese sentido, *Casa Grande* es una de las fuentes más valiosas para el análisis social de un importante sector de la clase dominante chilena. Esta obra cuyas tres primeras ediciones llegaron a 31.000 ejemplares, constituyó un hecho inusitado hasta entonces en la literatura chilena.

El crítico Domingo Melfi dice que "la obra de Orrego Luco tiene un valor documental único. Si Blest Gana fue el costumbrista de la emancipación y de los períodos posteriores a Portales, Orrego Luco es psicólogo de una etapa social llena de interés (...) La aparición de *Casa Grande*, en el medio santiaguino, muy cerrado por aquellos años del Centenario, produjo tempestad. Se escribieron innumerables artículos, se abrió polémicas apasionadas y hasta hubo duelos y desafíos. Todo el mundo creía encontrar en sus escenas la clave de personajes y de hechos conocidos. La verdad es que la vida chilena había sido tomada en su conjunto y que su realismo no afincaba en el hecho personal, sino en el estudio de trascendencia colectiva. No eran tipos aislados, era el conjunto de una sociedad tomada en carne y nervio, examinada en sus núcleos vitales" (Luis Orrego Luco: *Casa Grande*, prólogo de Domingo Melfi, 3ª. edic. Nascimento, p. 8 y 9, Stgo., 1924.)

*Casa Grande* transcurre en el Santiago de 1900. Es la historia de una pareja, Gabriela Sandoval y Ángel Heredia, que entra en crisis pocos años después del matrimonio. Ángel viaja a Europa, donde se enamora de Nelly, hija de un millonario norteamericano; Ángel retorna a Chile a los ocho meses. Aparentemente se reconcilia con su esposa, pero luego continúan las desavenencias, agravadas por la crisis económica de la familia producida por fracasadas especulaciones bursátiles de Ángel. Obsesionado por el amor lejano de Nelly, Ángel termina envenenando a Gabriela y volviéndose loco. La tesis del autor es criticar a las parejas que siguen viviendo juntas sin quererse.

Es una crítica a este tipo de matrimonio y un apoyo al divorcio. El significado principal de la obra reside en mostrar la crisis de la vieja oligarquía, en desnudar el comportamiento de la clase dominante, en especial del sector dedicado a las especulaciones de la Bolsa, en el marco general de la crisis del régimen parlamentario de las primeras décadas del siglo XX.

Entre sus párrafos más interesantes se destaca la descripción de una casa de la alta burguesía santiaguina de 1900 ubicada en la calle Compañía: "Era una casa construida cuarenta años atrás por el arquitecto Wilman, siguiendo, por indicaciones del propietario y en virtud de la rutina, el

antiguo sistema de patio andaluz (...) Presentaba fachada imponente, de grandes ventanas con rejas de hierro en forma de lanzas. El vestíbulo estaba enlosado con mármol, así como el patio. Dos estatuas de bronce, oscuras, sostenían faroles de gas que iluminaban el techo artesonado y todo blanco del vestíbulo. Al frente, a la entrada del corredor, otras dos estatuas gemelas, arrojaban su luz hasta las grandes galerías vidriadas del segundo patio (...) Sentíase el lujo discreto de pesados cortinajes; de luz reflejada en grandes espejos biselados de cuerpo entero, de muebles de estilo Luis XV tallados, de las psiches; revelado en los lavatorios de plaqué colocados sobre planchas de mármol; en los encajes de las cortinillas, en el perfume característico y uniforme de las habitaciones, en las mesillas blancas llenas de útiles de marfil, capillos y frascos de bacarat; en los floreros japoneses por los cuales se arqueaban, colgando los manojos de rosas; en la cubierta fresca de la última novela; en el cortador de carey cincelado, en la pequeña lamparilla de plata esmaltada con pantalla de encajes de Inglaterra (...) En un saloncito, alto espejo subía de la chimenea al techo. La mesa de boule, con incrustaciones de bronce y carey, era verdaderamente regia y de carácter, así como la pieza de centro, de porcelana de Sevres, raída hacía medio siglo. Las paredes, tapizadas de seda verde oscura, estaban adornadas solamente por dos cuadros: un paisaje de Corot y un retrato del Oidor de la Real Audiencia de Lima, don Nuño de Sandoval, atribuido a Goya, lo que no era de extrañar, dada su admirable factura (...) Grandes vasos de China, llenos de flores frescas se alzaban junto a los biombos cubiertos de fantásticos dragones. Un alto jarrón de porcelana de Charlottemburg, de tono blanco y oro” (pág. 34 a 36).

Se presenta un retrato de Leónidas Sandoval, padre de Gabriela: Era descendiente de una familia de los tiempos de la Colonia. “Después de recibir la educación un tanto rudimentaria dada en Chile durante medio siglo, don Leónidas fue enviado al extranjero, en donde viajó durante algún tiempo, en compañía de un eclesiástico. De vuelta a Chile, cansado ya de rodar tierras, y con el prestigio que procuraba entonces cada viaje a Europa, se casó con Benigna Alvarez, quien, si no brillaba por su hermosura, le llevaba por lo menos fortuna cuantiosa. Ya era tiempo de matrimonio, pues don Leónidas tenía sus ribetes de calavera gastado. Con esto, y entregándose de lleno a trabajos de campo, hablando poco y opinando menos, cobró reputación de hombre reposado y frío, y hasta las condiciones físicas del ‘personaje grave’. No tardaron mucho en llegarle honores y fortuna política. Hicieronle diputado, votaba constantemente con la mayoría y seguía como artículos de fe las opiniones y caprichos del Presidente de la República, de quien dependían entonces la lluvia y el buen tiempo. Habló dos o tres veces pidiendo se protegiera la industria nacional, creándose el impuesto al ganado argentino, pues, para él, todo el fin de la política consistía en servir sus propios intereses personales, llegó pronto a sentarse en sillón ministerial, lo que no era poco en aquellos tiempos del tabaco en que los Ministerios duraban varios años y no meses como ahora” (pág. 42 y 43). El matrimonio burgués por conveniencia económica-social dio motivo a las siguientes apreciaciones de Orrego Luco: “Todo se confabulaba para producir el error o el engaño en la formación del futuro matrimonio. Olga Sánchez, amiga de Gabriela, “no se había casado con un joven, sino con la familia. Era todo un complicado cálculo de posición social, combinado astutamente por sus padres y aceptado rápidamente por ella, sin grandes vacilaciones, sin desconsoladoras luchas, sin reticencias de corazón, pero sin entusiasmo loco, ni delirios apasionados, con la cordura de muchacha reflexiva y habilidosa, a pesar de locuras aparentes. ‘Me caso con ése, como con otro cualquiera’, había dicho a su íntima y buena amiga Magda. -Cela va sans dire, había observado Magda, por comentario único, ‘en tratándose de marido, lo mismo da uno que otro” (pág. 168).

Se presenta también a un amigo de la familia Sandoval: “ahí viene el senador Peñalver. Ese que llamaban en la intimidad sus amigos ‘senador’, era uno de los personajes más característicos de la sociedad santiaguina. Como el mismo decía: soy tan indispensable en las casas de buen tono como los manteles en la mesa, me tratan bien en todas partes porque soy llano, afable, corriente, sé divertir a las mujeres y reírme de los ‘siúuticos’, soy un elemento social y vivo sobre el país (...)

Otro personaje del mundo burgués, amigo de los Sandoval, era Justino Vanard que como Peñalver, figuraba entre los indispensables en toda casa de buen tono. De trato simpático y culto, había leído su poco de literatura y publicado traducciones y algunas poesías, amén de revistas de bailes y de salones, con lo cual junto con darse ínfulas de literato, era solicitado por las damas con pequeñas amabilidades o coqueterías, esperando llegar a las eternidades de la fama social en recortes de periódicos. (pág. 108). Orrego Luco describe las actividades especulativas de la Bolsa de Santiago a principios de siglo. En la Bolsa está, entre otros, "Cristóbal Raigada, flaco, el rostro amarilloso, sonrisa irónica y desleída, de enfermo del hígado, jugando casi siempre a la baja: era mozo inteligente, muy entendido en especulaciones y que tenía la más triste idea de los hombres de negocios, en general, y de los chilenos en particular (...) Organizan directorios con gran lujo y reparto de acciones liberadas. En seguida le meten el tonto a los amigos, como haciéndoles gran favor, y los clavan con quinientas o mil acciones a cada uno. A veces las acciones salen con primas. Entonces todos tienen caras risueñas. Y suben, y suben sin límite. Allá van a comer donde Gage, con champaña; salen al Parque las victorias con llantas de goma, arrastradas por caballos ingleses. Y la mujer se abre cuenta donde Pra o Muzard por cinco mil pesos que probablemente se pagarán en el día del juicio (...) ejecutivo. Pero un buen día, que fatalmente llega, cuando los directores sólo conservan el número de acciones reglamentarias, se produce la baja; pues viene a descubrirse que no hay estaño, ni cobre, ni salitre, ni ganados, en aquellos tan estupendos negocios (...) Sólo quedan el hoyo pelado y los títulos impresos (...) Nos hemos empapelado todos, engañándonos los unos a los otros con nombres sonoros, sociedades auríferas en donde apenas hay agua y piedras; ganaderas en bosques inaccesibles, a no ser para las águilas, y no faltan en la bolsa, minas al por mayor en Bolivia, la República Argentina, y gomeraleas en el Acre!!!. De todo se forma sociedades: una de hielo en el Polo Antártico, otra de adoquines de aire comprimido, y la de Pompas Fúnebres consolidadas, sin duda para enterrar a todas las demás". (pág. 192 y 193).

Estas especulaciones provocaron una crisis bursátil: "Comenzaba en Chile esa fiebre de negocios de 1905, uno de los más extraños fenómenos morales para historiadores futuros (...) La Bolsa era inmensa mesa, en la cual todos jugaban por el momento, a la alza (...) Querían ser ricos de golpe, sin trabajo, sin esfuerzo. Ahí estaban las tres o cuatro fortunas de salitreros y mineros improvisados. ¡Y cómo la sociedad de mejor tono se inclinaba ante ellos, solicitándoles, invitando a su mesa, con orgullo a esos aventureros averiados que no habían dejado fechorías por cometer en Antofagasta, falsificando títulos, raspando registros notariales, inventando nombres, resucitando muertos, improvisando familias a los difuntos! (...) Y los Bancos seguían prestando el dinero a manos llenas (...) Los millones amontonados en Bancos para la conversión de la moneda en 1905 salían a cancha, incrementados por nuevas e inesperadas emisiones. Las sociedades se formaron a destajo, locamente y sin examen, suscritas al minuto. Angel se metió en la vorágine de negocios con el empuje de los desesperados, convirtiendo en papeles los dineros de la herencia (...)

Pero luego, y de modo súbito, comenzó la baja de valores. Las Cajas de los Bancos se encontraban exhaustas y los deudores no pagaban ni siquiera intereses de sus créditos. Se pronunciaron quiebras, y grandes capitalistas comenzaron a crujiar. (196, 199)

Otra novela que expresa el medio ambiente bursátil es *El Socio* de Jenaro Prieto, autor de otras obras como *Pluma en ristre* (1925), *Consordina*, *La casa Vieja* y *Un muerto de mal criterio* (1926). Jenaro Prieto (1889-1946), recibido de abogado en 1912, comenzó a publicar en *El Diario Ilustrado* bajo la firma P. Fue diputado por el Partido Conservador. En el Parlamento tuvo escasa actuación, dedicándose a tomar apuntes sobre los personajes parlamentarios. Escribió en la revista *Pacific Magazine*. Fue pintor, humorista satírico. Al referirse a los académicos de la Lengua, decía: "Al leer los discursos de los académicos chilenos, sus colegas chilenos se convencerán de la altivez de nuestra raza, puesta a prueba por la espada de Ercilla, raza indomable que no ha aceptado jamás ni el idioma, ni la ortografía, ni las reglas de sintaxis de los conquistadores"

(Jenaro Prieto: *El Socio*, prólogo de Alejandro Magnet, p. 10, 2ª. edic. Stgo, 1955.)

La novela *El socio* transcurre en el Santiago de la década de 1910-1920. Es la historia de un modesto corredor de propiedades (Julián Prado), que para obtener mayor éxito decide inventar la existencia de un socio de apellido inglés (Mr. Walter Davis). El socio imaginario termina por apabullar al creador del mito. Si Julián Prado acierta en la compra de acciones, “el socio” se lleva las palmas, porque las acciones fueron compradas a nombre de Mr. Davis. Todos los éxitos se atribuyen al “socio”. Hasta la amante de Prado se enamora del personaje imaginario. El creador del mito termina suicidándose, pero para su desgracia póstuma nadie le cree, sino que se considera que el “socio” lo ha asesinado.

La obra refleja un período de la historia chilena, de principios del siglo XX, en que predominaba la especulación financiera en la Bolsa, con las acciones de empresas especialmente mineras.

Otra novela de ambiente urbano burgués es *La chica del Crillón* del prolífico escritor Joaquín Edwards Bello, nacido en Valparaíso en 1887. Autor de importantes novelas (*La chica del Crillón* (1935), *El inútil* (1910), *El monstruo* (1912), *La cuna de Esmeraldo* (1918), *El roto* (1920), *El chileno en Madrid* (1928), *Criollos en París* (1933), *Valparaíso, la ciudad del viento* (1913), *En el viejo Almendral* (1934), *Valparaíso* (1955), todas las cuales han contribuido de manera decisiva a la reafirmación de una literatura nacional y americanista, como americanista fue inequívocamente su pensamiento “debemos pensar y escribir en americano”. Sin duda, es el gran crítico de la clase dominante, de segmentos arribistas de las capas medias y también de ciertos curas y políticos, además de ser uno de los mejores novelistas en recrear la vida en los conventillos y de los pobres de la ciudad.

Como dice la escritora Edna Coll, en su trabajo *Chile y los chilenos en las novelas de Joaquín Edwards Bello*, La Habana, 1947: “Chile, puesto al descubierto por Edwards Bello, aparece con todos sus defectos, con todos sus vicios, con todos sus problemas sociológicos internos (...) Los chilenos son responsables de la formación de su pueblo; y por consiguiente es contra ellos que la pluma apasionada de Edwards Bello se torna con arrojo y hasta crueldad en demasía. Sus tipos apasionados pero reales, alcanzan a veces la caricatura en su favor por poner ante los ojos de sus compatriotas toda la fealdad y el vicio que representan”.

El autor de *La chica del Crillón*, destaca las opiniones de la vieja oligarquía sobre varios temas: a) el papel de la mujer: “Un marido es el gerente de la mujer, es el trampolín”, decía la señora Rubilar a Teresa; b) Barrio Providencia: “Tenemos un chalet, en Providencia, es moderno y está situado en una de esas poblaciones que son los conventillos de los ricos. Yo no viviría ahí por nada” (pág. 54); c) lugares de veraneo: “La gente bien sí, se conoce toda, porque nos vemos en Jahuel, Zapallar” (pág. 58).

Sobre educación de la burguesía en Europa dice Teresa: “tanto mi padre como el tío Manuel son de la época en que Chile se creyó la Inglaterra de Sudamérica. Mi abuelo, que era muy rico, quiso darles educación inglesa; los mandó a Cambridge, en Inglaterra, después de haberlos preparado en el Mackay de Valparaíso. El resultado, según mi criterio, es que los convirtió en inútiles, por cuanto a su llegada a Chile habían dejado de ser chilenos, sin alcanzar a ser ingleses”(pág. 68 y 69).

Los nuevos ricos son satirizados permanentemente por el autor. Hasta el nombre de Cepeda que Edwards coloca a uno de ellos tiene un sentido irónico. Sus hijas son apetecidas por los jóvenes de la vieja oligarquía en decadencia. Así, Pipo “se dedica en serio a la mayor de las Cepeda, la Mabel Cepeda, flamante heredera de un corredor de Bolsa, cuyas expertas manos caen encima de todo negocio fructífero. El señor Cepeda y su pedante esposa han sido aceptados en nuestra sociedad a última hora, y saben mantenerse, aunque hace pocos años la gente se burlaba de ellos (...) En todo caso, esas hijas de corredores afortunados, o de industriales opulentos recién

ingresados en sociedad, como las Cepeda, valen más que Pipo, tipo clásico de mequetrefe santiaguino, a caza de negocios fáciles” (Joaquín Edwards B.: *La chica del Crillón*, 4ª edición, Zig-Zag, Stgo, 1966, pág. 35).

“En cuanto a la Señora Cepeda, puedo decir que la conozco de vista y no ignoro lo que de ella se murmura; le cuelgan anécdotas tan absurdas como decir que al 'Whisky and Soda' lo llamó 'Water-closet con seltz' y al 'ray grass' lo llamó 'foie gras' (...) Es talquina, y ya sabemos que en el borde del Piduco se produce el triple extracto de lo repisiútico. El marido de la señora Cepeda puede pagar al contado rabioso, es corredor, estuvo en las Especies Valoradas y ahora es uno de los que manejan el Petróleo Surgente (...) La Sociedad Moderna no resiste contra la gente que tiene plata para comprarse la entrada; primeramente, los acepta en el Club de la Unión, después en el Golf y más tarde en los salones donde se juega bridge. El señor Cepeda sabe hacerse útil a la gente aristocrática: les presta plata o les da buenos datos para especular” (55 y 77). El autor muestra la preocupación de la clase dominante por los efectos de la crisis de 1929-30: “La fiebre de la miseria avanza con su paso temblequeante. En las calles se ven caras hoscas, ruinas de fábricas, empujadas a la fosa común” (p. 29) (...) A la salida de los lugares elegantes “los cesantes piden, y si no les dan, suelen hacer ¡cui! ¡cui! llevándose los dedos al cogote, amenazándonos con el degüello” (p. 34).

Otra novela de Edwards Bello, *Criollos en París*, publicada en 1933, entrega impresiones tan inapreciables como las de Alberto Blest Gana en *Los transplantados*, sobre los burgueses chilenos en Europa. Si bien es cierto que la acción no transcurre en Chile, y no podríamos por lo tanto clasificarla dentro de la novela urbana, contiene relevantes facetas de la forma de vida y el comportamiento de los ricos de principios del siglo XX.

José Donoso (1924-1997) presenta con agudeza la decadencia de la vieja oligarquía, particularmente en *Coronación*, donde evoca un latifundista de la década de 1930. El personaje es Andrés Abalos, de 54 años, hijo de un terrateniente que había sido senador. La madre de Andrés: descendiente de un comerciante inglés de Valparaíso, de apellido Grey. Don Andrés vivía de sus rentas y se la pasaba leyendo y flojeando: “su holgadísima situación financiera, que jamás le exigió otra cosa que firmar vagos papelorios de vez en cuando, lo había redimido de la necesidad de trabajar” (p. 39)... Leer historia de Francia, hacer más y más preciosa su colección de bastones, mantenerse informado acerca de los advenedizos que movían la política interna del momento, a quienes comentaba incansablemente en el Club de la Unión” (José Donoso: *Coronación*, Ed. Zig-Zag, Santiago, 1966, 3ª. edición, p. 14).

En otra de sus novelas más difundidas *El obsceno pájaro de la noche*, Donoso también presenta otro tipo de terrateniente: “el copudo árbol genealógico de los Azcoitia, del que él era el último en llevar el apellido, había dado sólo intachables frutos de selección: políticos probos, obispos y arzobispos y una beata de piedad espectacular, plenipotenciarios en el extranjero, mujeres de belleza deslumbrante” (José Donoso: *El obsceno pájaro de la noche*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1970, p. 161).

También muestra la influencia que ejercían los sacerdotes en la política. Clemente Azcoitia, cura, hermano del latifundista mencionado, se reunía con políticos: “siempre esperaba a sus contertulios de los almuerzos de los viernes sentado en esa parte del corredor, con el diario de la mañana bien leído y su crítica a la última actuación del partido (...) El Arzobispo lo había dispensado de sus deberes de sacerdote para que, cargado de honores, se retirara a cumplir el resto de su vida de señorón criollo, y morir en esa casa donde tanto él como Jerónimo nacieron.

*Novela urbana de las capas medias*

La emergencia de los sectores medios, analizada en el Capítulo I, sobre contexto nacional, dio lugar a varias novelas, entre ellas las de Senén Palacios y Guillermo Labarca.

En la obra de José Donoso, *El obscuro pájaro de la noche*, se retrata a Humberto Peñaloza: “Mi padre (profesor primario) sólo recordaba a su propio padre, el maquinista de locomotora, más allá, sólo la obscuridad de la gente como nosotros, sin historia particular de la familia, pertenecientes a la masa en que las identidades y los hechos se borran para gestar leyendas y tradiciones populares. No recordaba nuestra historia, era sólo un Peñaloza, un profesor de chiquillos consentidos que le trizaban los nervios; mi padre trazaba planes para mí, para que de alguna manera llegara a pertenecer algo distinto a ese vacío de nuestra triste familia, sin historia ni tradiciones, ni rituales ni recuerdos. Si, papá, si se puede, cómo no, se lo prometo, le juro que voy a ser alguien, que en vez de este triste rostro sin facciones de los Peñaloza adquiriré una máscara magnífica, un rostro grande, luminoso, sonriente, definido que nadie deje de admirar. Ser al quien. Si, Humberto, me decía mi padre, ser un caballero. El tenía la desgarradora certeza de no serlo (...) El sólo tenía la dicción ridículamente cuidadosa de un maestrillo de escuela y la angustia por pagar sus deudas a tiempo, cosas que después supe no son atributos esenciales de los caballeros.

“¿No se hablaba tanto del surgimiento de la Clase Media en nuestro país? ¿Quién sabe si perteneciendo a la Clase Media -pronunciaba esas palabras con una reverencia sólo menor a la reverencia con la que pronunciaba la palabra caballero- pudiera llegar a ser algo semejante?. Abogado, por ejemplo, notario o algo así, o juez. Y pasar a la política. Era cosa sabida que muchos jóvenes como yo, carentes de relaciones, dinero, parentescos y presencia, jóvenes de origen tan desconocido como el mío y con apellidos casi, casi tan ridículos como el mío, se habían afirmado en la política para saltar la barrera y llegar a ser alguien” (p. 99 a 101).

En la novela *Este Domingo*, José Donoso describe a un matrimonio pequeño burgués, frustrado. Don Alvaro, santiaguino, abogado jubilado a los 55 años, recuerda sus domingos de infancia y adolescencia en un barrio de Santiago; aquellos domingos en que tuvo sus primeras experiencias sexuales con la empleada joven de la casa, la Violeta, con quien siguió teniendo relaciones después de casado, como sucedáneo de sus insatisfacciones con su esposa.

Violeta había sido recompensada por la madre de Alvaro por el favor que había hecho a su niño, dejándole en herencia una casa.

“Alvaro se casó deslumbrado con la belleza de la Chepa, joven disputada en las fiestas, pero frígida. Chepa sublimaba lo sexual en actividades de caridad hacia los pobres de las poblaciones; no tenía apego ni siquiera por sus hijos. Despreciaba a su marido por su triste experiencia de los primeros días de casada. Termina enamorándose de un delincuente (Maya) al cual logra sacar en libertad. Maya se deja querer y la señora Chepa le monta un taller y le consigue alojamiento donde Violeta.

Maya tiene relaciones con Violeta, pero nunca con la señora Chepa, hecho que obsesiona a ésta. Finalmente, esta señora recibe las burlas de los chicuelos de la población adonde hacía caridad.

“Al mismo tiempo, se plantea una relación interpersonal en que lo central reside en la forma en que uno utiliza al otro. Don Alvaro utiliza a la empleada para satisfacer sus ensoñaciones con otras mujeres de su clase. Violeta a su vez utiliza a Alvaro, cuando era joven, para satisfacer su pasión por un campesino de su pueblo. La señora Chepa utiliza a Maya para llevar adelante su obsesión sexual insatisfecha y Maya la aprovecha a su vez para obtener la libertad y el dinero para instalar un taller”.

Esta obra de Donoso es muy interesante no sólo por el análisis, psicológico sino también por el significado social de cada personaje. Técnicamente, está compuesta de capítulos en cursiva,

uno al principio y uno al final y uno intercalado en el que se rememoran los domingos de la infancia y adolescencia de don Alvaro, a quien el autor hace hablar en primera persona. En estos capítulos hay aciertos notables sobre la vida y los juegos de los niños, describiendo un mundo infantil desembarazado de la moral tradicional.

Se presenta la vida rutinaria de un abogado jubilado. Don Alvaro se sienta todos los días "a leer el diario por si anuncian algún remate de libros, y si encuentra paz en la voz de su yerno, su manera de celebrarlo será asistir a ese remate y comprar algo. Un Carlyle, por ejemplo. Y si no, mi viejo, te conformas con la pasta corriente que tienes y te pasas la tarde encerrado en tu escritorio leyendo "On Héroes and Hero Worhip", que al fin y al cabo no es mala preparación para la muerte" (José Donoso: *Este domingo*, pág. 34, Ed. Zig-Zag, Stgo, s/f.)

"La Chepa sale temprano y llega tarde todos los días de la semana. Lo deja solo en la casa sin nada que hacer ahora que está jubilado, sin preguntarle siquiera cual es su programa para el día, si quiere que hagan algo juntos como los demás matrimonios de su edad y posición, ir al cine, o alguna visita de familia o de pésame (pág. 38). Ella siempre se ha reído de sus aprensiones. Jamás ha sentido respeto por el sacrificio de sus dietas y sus fumigaciones y por eso tiene que ser la última de todos en saberlo (que tiene cáncer)... Ella se quedará sin participar en su muerte. No es venganza. Es miedo de que se la arrebaté" (p. 35).

Otro escritor, poeta, cuentista, periodista y novelista, Luis Merino Reyes describe en la novela *Regazo Amargo* (1955) la historia de una familia de la década de 1940-45, perteneciente a las capas medias. La madre, viuda, es empleada administrativa. La hija, Elvira, casada con John, también empleado. El hijo, Francisco Briones, es el personaje central, dibujante y empleado. Es un hombre frustrado que tiene amores fugaces con una enfermera a quien no es capaz de satisfacer.

La novela contiene interesantes pinceladas sobre la vida, costumbres y moral de los sectores medios. Elvira hace el siguiente monólogo: "Yo diría que huí de mi casa y me casé porque la tutela de mi madre me resultaba insoportable, y ahora agregaría que mi marido me fastidia todavía más (...) No puedo soportar que se atrase ni siquiera unos segundos. El sale de la oficina a las siete y cuarenta y cinco minutos y tiene que estar en casa a las ocho y media (...) En nuestra infancia, mi madre quería más a mi hermano que a mí... (para mi madre) ningún representante de sexo femenino tenía vara alta ante sus juicios inapelables (...) Si mi padre no hubiera muerto, habríamos tenido otra situación social y mi madre nunca habría sido protegida por sus parientes, mi hermano pudo haber seguido una carrera universitaria, sueño fabuloso de mi madre, y yo me habría casado con una persona influyente" (Luis Merino Reyes: *Regazo Amargo*, p. 24 y 25, Ed. Zig-Zag, Stgo., 1955).

Más adelante, Elvira expresa sus angustias ante una eventual miseria: "Creo que he cometido un error al retirarme de mi empleo y disponerme a enfrentar los gastos de la casa con una jubilación exigua y con el sueldo de John. Se me ha metido en la cabeza la idea de que él puede morir, a pesar de que está sano y activo. Si él muriera, vendrían la humillación y la miseria, tendría que buscar un empleo de principianta" (pág. 26).

Las aspiraciones de una mujer del sector medio están expresadas por la madre de Elvira. Francisco, "era incapaz de comprender que su madre había puesto en él una esperanza, una visión de éxito brillante y que nunca se había resignado con su chasco. Mucho se quejó de su rigor moral, de su negativa a que saliera de noche antes de los veinte años y de su persistencia para aguardarlo, oculta entre las sombras del balcón, en pleno invierno. ¿No se da cuenta usted- le decía Francisco- de que somos pequeños burgueses, de que carecemos de fortuna?. Y sin embargo, usted vive ligada a sus prejuicios (...) Ella quería que (Francisco) se casara y él estaba feliz de hacer una vida disoluta; ella quería que obtuviera un trabajo fijo, con previsión y renta estable, y él huía de la rutina jerarquizada" (pág. 115 y 116).

El escritor Victor Domingo Silva en el cuento *El Pacto* narra un acuerdo realizado por un matrimonio perteneciente a las capas medias, de la década de 1930. Juana aburrida de la rutina y de las estrecheces económicas, le propone a él, empleado público y periodista, que trate de ascender “al gran mundo”, hacerse político, tener amantes si es preciso. Antonio, que había tenido ideas de avanzada social, se convierte en un arribista.

Llega a adquirir una posición destacada; tiene amantes y deja de querer a Juana, la cual le pide al final que rompa el pacto y que vuelvan a ser lo que habían sido, Antonio acepta. En este cuento se presentan también las aspiraciones pequeño burguesas: “Juana tenía ambiciones, quería figurar, hacerse un sitio en lo alto, y veía con pena que el tiempo pasaba, y que Antonio, reducido a la simple condición de burócrata, no le ofrecía esperanzas”. (Víctor Domingo Silva: *Antología de Cuentos*, p. 9, Ed. Zig-Zag, Stgo., s/f.

“Cuando Antonio aceptó el pacto para iniciar su carrera de arribista utilizó su calidad de periodista en la visita a sus amistades. Antonio tuvo la satisfacción de verse asiduamente festejado por varios señores de sonoro nombre, cuyo trato siempre había rehuido: Cada uno de sus artículos era un triunfo ruidoso en el salón de los íntimos. Varios de aquellos señores lo interesaron por pura simpatía en tal o cual negocio (...) Estimulado y asistido por un amigo bolsista, compró papeles y especuló con resultados magníficos. Por cierto que ya el periodista no pudo tronar como antes contra la maleza de los gestores ni contra los excesos del agio” (pág. 10).

Una novela del papel político-social que trató de jugar un sector de las capas medias es *Mara*, de Carmen Valle, que es el pseudónimo de Blanca Subercaseaux de Valdés. La obra transcurre en Santiago aproximadamente a comienzos de la década de 1960. Relata la historia de una joven de origen pequeño burgués, llamada Mara, que inspirada en el socialcristianismo se acerca a jóvenes católicos y decide ir a vivir a una población “marginal”, de los areneros de Las Condes, comuna de Santiago.

Este acto es precipitado por la frustración de su amor con Marcos, estudiante de leyes, brillante propagandista del cristianismo social. Marcos deja a Mara y se enamora de Sonia, hija de la alta burguesía. Cuando están a punto de casarse, Sonia se encuentra con Iván, también hijo de un hogar burgués, novio de su adolescencia, con quien se fuga a otro país. Marcos se va de Santiago, abandona su prédica social y se hace cargo de un aserradero de su padre en el sur, convirtiéndose en empresario.

La novela tiene la finalidad de destacar la labor del socialcristianismo y su acercamiento a los pobres. En este sentido, es un testimonio histórico importante que refleja el comportamiento de los jóvenes de un determinado sector social que se encausaron en una praxis del socialcristianismo. A través de la obra, se observa que este acercamiento tuvo un carácter paternalista, y a veces efímero. El principal teórico, Marcos, deja sus ideales por una frustración amorosa y se convierte en empresario. Sonia deja de asistir al círculo socialcristiano y se fuga con el novio de su adolescencia. Y así muchos otros jóvenes cristianos que abandonan muy pronto sus ideales. La única consecuente es Mara que se va a vivir a una población, pero lo hace como un acto de sacrificio personal.

La novela tiene apreciaciones interesantes sobre lo que pensaban las madres burguesas acerca de las relaciones de sus hijas con demócrata cristianos. Por ejemplo, la madre de Sonia opinaba sobre el casamiento de su hija con Marcos, el ideólogo: “¿Podrán llegar a avenirse alguna vez, la educación de su hija con esas teorías de abnegación, nivelación, repartición, tan utópicas y, para la gente bien, tan antipáticas?” (Carmen Valle: *Mara*, p. 31, Ed. del Pacífico, Stgo., 1965).

Más adelante se presenta la conversión de Marcos en empresario: “Aquel sentido social, entonces, ayer tan vivo en él, ese amor al alma humana, esa necesidad de solidaridad en ella que parecía ser su razón de existir ¿qué se había hecho?. Su amor a la justicia por sobre todas las cosas, su fe en los más altos ideales ¿dónde estaban? ¿Había sido aquello sólo producto de efímeras

impresiones?" (p. 167).

La actitud paternalista en relación a "los pobres" atraviesa toda la obra. Por ejemplo, en diálogo entre Mara y Sonia, ésta manifiesta: "¿qué voy a hacer para pagarte lo que te debo?. Desde luego, en todo este tiempo de mi retiro en preparación a mi matrimonio, no voy a hacer otra cosa sino trabajar para tus pobres y economizar para juntar dinero para ellos" (p. 200). Mara responde: "Para los pobres, la vida es sufrimiento, para los ricos es placer. El cielo será la contrapartida, en contraste con la justicia. No lo invento yo, lee el evangelio" (pág. 203).

Mariano Latorre en el cuento *El Piloto Oyarzo* presenta las características arribistas de un empleado de una casa inglesa de Valparaíso: "Mi vida se había mecanizado de tal modo en esta casa inglesa importadora que hubiera podido llenar mi agenda (regalo de la casa) con lo que haría en todos los días del año y en todos los años que aún tenía por delante. Fumaba mi cigarrillo Capstan (legítimo) y miraba distraído el golpe seco, acompañado de un fulgor de vidrios biselados, de la mampara automática al empujón de los empleados que entran: muchachitas porteñas, muy bien vestidas, dactilógrafas de las oficinas, jovencitos chilenos que imitaban a los empleados ingleses, gringos de pasos lentos, de huesudas espaldas, desgarrado chaleco de vicuña y pipa olorosa" (Mariano Latorre: *El Piloto Oyarzo*, serie de cuentos *Chilenos del Mar* (1929), en *Sus mejores cuentos*, Ed. Nascimento, Stgo., 1946, p. 176)

Este empleado recordaba los comienzos de su carrera en la Casa inglesa, sus primeras vacaciones en vapor: "chapurreaba con paciente voluntad mis primeros verbos en inglés, fumaba sólo cigarrillos olorosos y hasta mi paso había adquirido el compás sajón del de Mr. Mery. Mi psicología se plegaba en tal forma a esa manera de ser, que sólo me gustaban las muchachas rubias, delgadas, jugadoras de tenis. No podía soportar la pereza criolla, las gruesas pantorrillas de las señoritas chilenas". (p. 178).

### *Novela de trabajadores y pobladores de la zona periférica pobre*

Uno de los principales novelistas sobre este tema fue Joaquín Edwards Bello especialmente en su obra *El Roto*. Su personaje central es Esmeraldo, de 14 años, hijo de Clorinda, tocadora de piano del prostíbulo "La Gloria", cercano a la Estación Central de Santiago. Allí despliega Esmeraldo sus actividades, sus pillerías, pequeños robos, primeros amores y odios. No le gusta ir a la escuela. Su aspiración es imitar a los "choros". El desenlace se produce cuando Esmeraldo colabora con uno de sus amigos para matar un hijo de alta burguesía que había raptado a la joven humilde de la cual estaba enamorado el amigo. Esmeraldo se declara culpable para salvar a su amigo. Es encarcelado pero logra sacarlo en libertad un periodista conmovido por la miseria y la injusticia. Lleva a su casa a Esmeraldo, pero éste se fuga volviendo a su barrio de los prostíbulos donde ya las casas han sido destruidas y su familia ha desaparecido. Es descubierto por la policía. Antes de huir, mata de una puñalada a su benefactor, el periodista. El final es una forma de expresar rebeldía de Esmeraldo a "integrarse" a la sociedad.

La acción transcurre entre 1908 y 1915. El sector donde se desarrollan los principales acontecimientos es el siguiente: "Detrás de la Estación Central de ferrocarriles. Llamada Alameda, por estar a la entrada de esa espaciosa avenida que es orgullo de los santiaguinos, ha surgido un barrio sórdido, sin apoyo municipal, sus calles se ven polvorientas en verano, cenagosas en invierno, cubiertas de harapos, desperdicios de comidas y ratas podridas. Mujeres de vida aireada rondan por las esquinas (...) Son miserables busconas, desgraciadas del último grado, que se hacen acompañar por obreros astrosos al burdel de la calle Maipú al otro lado de la Alameda" (J. Edwards Bello: *El Roto*, Ed. Universitaria, Stgo., 1968, p. 2).

"En la plaza y en las callejuelas vecinas hay multitud de pensiones o fondas sospechosas

a dos pesos el rato, o tres pesos la noche(...) Se adivina que el barrio es nuevo, de esos que brotan como setas en las ciudades de América; improvisado en una comuna rural donde no hace más de tres años triunfaban las carreras a la chilena” (p. 3). “puede dividirse en dos partes esa barriada: la nueva y la vieja. La nueva, con edificios de material ligero, construidos rápidamente a la sombra protectora de la gran estación: pura apariencia como se construye en esta tierra de negociados, de especulaciones, donde las escrituras se hacen a la carrera en el mesón de un bar (...) Dos veces se han derrumbado en la plaza edificios en construcción, por las especulaciones criminales de los contratistas, trayendo al suelo, en la red de andamios quebrados, docenas de obreros cuya desgracia a nadie conmueve (p. 4).

Fernando, amante de Clorinda, resolvía los problemas de la dueña del prostíbulo, doña Rosa, con la influencia política de Pantaleón Madroño. Fernando era un aventurero y delincuente internacional: había estado preso en Bolivia, en donde se evadió a la Argentina.

El autor de la novela muestra que gran parte de las prostitutas provenían de la ola de emigración del campo a la ciudad. En el prostíbulo “La Gloria”, la mayoría provenía de las provincias. Ofelia era de Quillota, Laura de una chacra de Yungay; María “era una muchacha robusta e inocentona, nacida en tierras de Aconcagua; sus padres, inquilinos ignorantes, la habían entregado como presa a la gran ciudad, por veinte pesos al mes, casa y comida, sin averiguar más. Tenía las facciones características de la mujer nacional: la boca de labios carnosos; los ojos de chilena pura, admirables, aunque algo bovinos, tan grandes como su expresión bondadosa y pasiva, la piel mate y los cabellos castaños, rizados y espesos. No tenía las manos finas ni el talle esbelto; su cuerpo era macizo, asentado en piernas fuertes como columnas... La pobreza de su hogar la había arrastrado a ofrecerse en una sección de “El Mercurio” como sirvienta de mano, e inocentemente había caído en esa mancebía... Así la familia de María, establecida en Aconcagua el año 65 (1965) dedicada de generación en generación al trabajo de la tierra en beneficio de sus amos, después de tanto esfuerzo, entregaba por pobreza e ignorancia esa hija a las cloacas de la capital (...) Al principio la pobrecilla se sintió bien en el medio donde había caído; vio campesinas como ella, pasivas mujercillas como ella, que reían, que cantaban, que procuraban pasar la vida lo más livianamente posible” (p. 49 y 50)

“Las pobres son pa’ los pobres, era una frase del Pucho”(p. 47). Esto, dicho por un hombre del barrio “bravo” de la Estación Central, reflejaba el odio a los hijos de los ricos que conquistaban a las mujeres de los barrios pobres. La frase también expresaba el arraigado sentido “machista” de estos hombres.

El autor también pone de manifiesto el problema del alcoholismo: “En 1908, los policías de la República recogen por las calles y caminos 58.000 ebrios; en 1911 recogen 130.000. El alcoholismo es peor que cien terremotos; es un cataclismo constante que aniquila al país y contra el cual nada pueden los moralistas, porque los grandes familias son viñateras” (p. 26).

Otra novela importante acerca de los explotados de la ciudad es *La viuda del conventillo* de Alberto Romero, escritor nacido en Santiago en 1896, autor también de *La novela de un perseguido* (1931), *Un infeliz*, *Memorias de un amargado* (1915), *Un milagro*, *Troya...* y *La mala estrella de Perucho González*. La acción de *La viuda del conventillo* se desarrolla en la década de 1920-30, en Santiago. Cuenta la vida de Eufrasia, hija de una prostituta, que se gana la vida vendiendo frituras a los trabajadores del barrio y del conventillo donde vive. Convive con un cobrador de tranvías y después con un obrero cesante (Fidel Astudillo). Cuando éste muere (de ahí el nombre de viuda) se enamora de un joven cargador (Angelito). Este se convierte en un cafiche y entra al mundo del hampa, abandonando por temporadas a Eufrasia. Cuando vuelve es para sacarle dinero, y termina acostándose con la única hija de la viuda. Eufrasia se va frustrada de la casa, y se junta con un viejo almacenero italiano (Guido Lambertucci) que había estado enamorado de ella durante varios años. Eufrasia envejece con el viejo bachicha.

La novela revela la fortaleza de la mujer de pueblo, su lucha por la vida y sus pasiones por los hombres que elige libremente. Nunca se prostituye. Esta obra es una de las mejores sobre el tema de los conventillos, muestra la vida de los habitantes de estos lugares obreros donde vivían hacinada mucha gente. Allí estaba el cesante, como Fidel Astudillo: "era pintor, albañil, gañan al día. Hizo de todo y cuando el maletín de las vacaciones se quedó vacío, el pobre hombre se arrojó al conventillo... Desde su sillón de mimbre, al alba, él veía cruzar la caravana de trabajadores, nerviosa, interminable, y experimentaba vergüenza y pena cuando la noche devolvía al conventillo, como fruto de la jornada, un rebaño de hombres sudorosos, agotados y taciturnos... Anecdótico, infatigable lector de periódicos, Astudillo, de informante oficial y consultor del inquilinaje, pasó a ser una especie de cura laico, al que el mujerío acudía en procesión en demandas de luces" (Alberto Romero: *La viuda del conventillo*, Ed. Quimantú, Stgo., 1971, p. 9 y 10).

Se presenta, asimismo, la actitud de los pobladores del conventillo respecto de comerciantes: La Ufra "se quedó mirando a don Guido, el viejo carcamán de bigotes flácidos y cráneotonsurado a quien el barrio odiaba como a un bicho repugnante por su avaricia, por sus maulas despacheriles, por su sequedad, por su carácter irascible" (p. 25).

El autor describe un domingo en el barrio de los conventillos: "Los hombres en mangas de camisa y las mujeres vestidas de limpio, reposaban su alborozo o leían el periódico dominguero en alta voz. Los fonógrafos de los bares echaban al viento unas canciones frenéticas, conminatorias, terribles, llamando a los bebedores que, como buenos padres de familias, fumaban despaciosamente, mientras la chiquillería, exaltada, loca, correteaba por entre los charcos a lo largo de la calle... Los derrochadores, los arribistas de la cité, como quien dice, alquilaban un auto o una victoria del servicio público y salían a causear bajo los árboles de alguna manera de esas quintitas de recreo que hay en los alrededores de Santiago. Pasearse en coche los domingos es, como veraneo en Viña del Mar, una diversión cara, un lujo... Entre los árboles del paseo público, la gente piensa cosas buenas, se aturde, canta, bebe un vaso de vino, olvida. Cuando anochece, el vino y la oscuridad los ponen algo turbios. Se vienen a casa; miran la calle humilde, fea, sucia, y entonces una angustia, un malestar, una ira sorda y terrible estropea la alegría... Por entre los hoteluchos de mala muerte del barrio Estación pupulaban las parejas de obreros y muchachas que el domingo, con el embuste del biógrafo, salen a caprichosear" (p. 41, 43 y 56).

En el cuento *El Delincuente*, Manuel Rojas describe un conventillo: "Yo vivo en un conventillo. Es un conventillo que no tiene de extraordinario más que un árbol que hay en el fondo de su patio, un árbol corpulento, de tupido y aprestado ramaje, en el que se albergan todos los chincoles, diucas y gorriones del barrio; este árbol es para los pájaros una especie de conventillo; es un conventillo dentro de otro (...) Al pie del tronco de este árbol, en la noche, las piadosas viejecitas del conventillo encienden velas en recuerdo de un inquilino que asesinaron ahí un día dieciocho de septiembre. Con palos y latas han hecho una especie de nicho y dentro de él colocan las velas. De ahí se surten de luz los habitantes más pobres del conventillo. Enfrente de este patio, y a la derecha del pasadizo, hay otro patio empedrado con pequeñas piedras redondas, de huevo, como se las llama. En el centro hay una llave de agua y una pileta que sirve de lavadero. Alrededor de este último patio están las piezas de los inquilinos, unas cuarenta, metidas en el corredor formado por una veredita de mosaicos rotos y el entablado del corredor del segundo piso, donde están las otras cuarenta piezas del conventillo (p. 50).

En otra obra, *Mejor que el vino*, Manuel Rojas muestra aspectos del teatro obrero en donde relata los amores de Aniceto, su casamiento y posterior muerte de su esposa; el rapto de la artista de la compañía, Virginia, y el viaje con ella a Argentina. Vuelve a Chile y se enamora de María Luisa con la cual tiene hijos. La obra contiene entretelones de la vida de las compañías de teatro de la década de 1920-30; vivencias que recogió Manuel Rojas en su empleo de apuntador

teatral. En esas obras teatrales de contenido social trabajaban obreros y obreras. El autor relata el asombro que causó Virginia: "Al aparecer en el local en que el cuadro teatral "Estrella Proletaria" ensayaba sus obras de tendencias sociales hubo un deslumbramiento: jamás había entrado alguna mujer tan bien vestida. Las actrices de ese cuadro eran aparadoras, costureras, peleteras, telefonistas, cajeras, mujeres de obreros o de empleados modestos"(Manuel Rojas: *Mejor que el vino*, cuento en *Obras Completas*, Ed. Zig-Zag, Stgo., p. 613).

"Seguían en el mismo cuadro de aficionados, quedaba aquí o allá una función a beneficio de algún sindicato obrero en huelga (...) Iba a recogerla a las nueve de la noche y de allí se dirigían a ensayar al local del Sindicato de Obreros de Zapateros en Resistencia" (p. 613 y 614).

Una de las novelas que tiene observaciones muy agudas sobre la vida cotidiana es *Hijo de Ladrón* de Manuel Rojas; narra las andanzas de Aniceto, hijo de Aniceto Hevia, ladrón argentino.

Aniceto, hijo, después de vivir con sus padres y hermanos en Buenos Aires y Rosario, viaja a Chile. En la primera parte de la novela, se cuentan las aventuras del padre, que culminan en una larga condena. Desfilan andanzas de ladrones y se pintan la vida carcelaria. En la segunda, tercera y cuarta parte se narran las andanzas de Aniceto en Chile, su cruce de la Cordillera de los Andes, su estadía en Valparaíso, etc.

A mi juicio, Rojas es uno de los mejores novelistas latinoamericanos. Es un escritor que narra lo que ha vivido. No intelectualiza ni idealiza la vida. Es directo y emplea un lenguaje sin rebuscamiento. Es profundo en su frase simple. De su narración fluye vida vivida. La concepción de *Hijo de Ladrón* es que no hay que atarse a nada; la vida es sufrimiento, hay que soportarla; no es fácil morir ni vivir; rechazo a todo lo que afecte la ideología libertaria; hacer lo que se quiere; oposición al trabajo obligado; con su lema que el hombre trabaja si quiere, hace una fuerte crítica a la ideologización del trabajo; critica a la burocracia funcionaria que tramita interminablemente a la gente. Narra el mundo de "los marginados", que por encima de todo son hombres y, por lo tanto, tenemos la obligación de comprenderlos. Plantea la enajenación del hombre en un mundo deshumanizado, en el cual el individuo está obligado a "pagar cuotas" de una deuda por el hecho de existir. Hay que apoderarse del tiempo para sentir y mirar, gozar del mar y del sol. No idealiza a los pobres; los presenta con sus virtudes y defectos.

El autor hace interesantes observaciones sobre el trabajo: "Si, el puerto era un buen sitio, si se tenía salud y dinero, aunque no se tuviera trabajo, pues cuando uno tiene dinero y salud para qué diablos necesita trabajo" (Manuel Rojas: *Hijo de Ladrón*, Ed. Quimantú Stgo., 1972, p. 103). Un español decía: "El trabajo es una esclavitud". Otro contestaba: "Algunos dicen que es virtud que arruina la salud" (p. 242). Otro: "Es en lo único que nos parecemos, Cristián: en nuestro escaso amor al trabajo, tu porque nunca has trabajado y yo porque tal vez he trabajado demasiado" (p. 243). "Si trabajaba era porque necesitaba comer y si comía era porque me era necesario. Necesidad, he ahí todo" (253). Otras reflexiones: "Además hay gente que trabaja y anda siempre mal vestida; gente que trabaja y duerme en el suelo o en catres y colchones llenos de chinches y de pulgas (...) Se trabaja un día para vivir exactamente un día" (p. 254).

El filósofo, amigo de Aniceto y Cristián, comentaba en una playa de Valparaíso: "Un amigo mío dice que el hombre debe trabajar un día al mes bien trabajado, y descansar veintinueve bien descansados. Yo soy más radical: creo que el hombre debe trabajar nada más que cuando siente ganas de hacerlo, y yo tengo ganas; estoy completamente echado a perder" (p. 301). El filósofo agregaba: "No tengo un sólo centavo. Eso me pasa por meterme a buscar trabajo" (p. 301).

Sobre el tiempo y el espacio, Manuel Rojas apunta: "En ocasiones, sin tener nada, le parece a uno tenerlo todo: el espacio, el aire, el cielo, el agua, la luz y es que se tiene tiempo que se retiene es el que da la sensación de tenerlo todo; el que no tiene tiempo no tiene nada y de nada puede gozar el apurado, el que va de prisa, el urgido; no tiene más que su apuro, su prisa y su

urgencia. No te apures, hombre, camina despacio y siente, y si no quieres caminar, tiéndete en el suelo y siéntate y mira y siente” (p. 275). “Tal vez sea difícil explicarlo y quizá si más difícil comprenderlo, pero así era y así es: darse tiempo para mirar y quédate contando tu mercadería; date tiempo para sentir y continúa tu discurso; date tiempo para escuchar y sigue leyendo las noticias del diario; date tiempo para gozar del cielo, del mar y del viento y prosigue vendiendo tus quesos o tus preservativos; date tiempo para vivir y muérete contando tu mercadería, convenciendo a los estúpidos de la bondad de tu programa de gobierno, leyendo tu diario o traficando con tus productos, siempre más baratos de lo que los pagas y de lo que vendes. Si además de tu tiempo, me das espacio o, por lo menos, no me lo quitas, tanto mejor; así podré mirar lejos, caminar más allá de lo que pensaba, sentir la presencia de aquellos árboles y de aquellas rocas” (p. 276). Como puede apreciarse, los párrafos precedentes constituyen una profunda crítica a la enajenación de la vida urbana.

*Hijo de Ladrón* presenta también la vida en los conventillos: “en un cuarto de conventillo en que se hacían el padre con la madre, los hijos y el yerno, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de cualquier otra índole: el padre llega casi todos los días borracho, grita, escandaliza, pega a la mujer, a los niños y a veces al tío, al yerno o al allegado; no siempre hay que comer, mejor dicho, nunca se sabe cuando habrá de comer y qué; el padre no trabaja o no quiere trabajar; el tío es inválido y el allegado come donde puede y si puede; el yerno bebe también o no trabaja o no quiere trabajar, es peón o comerciante de ínfima categoría; recoge papeles o huesos, o excremento de perros para las curtidurías o para quien sabe qué diablos; la mujer lava o mendiga; los niños comen lo que les dan cuando les pueden dar algo o lo que piden o les dan los vecinos, que no siempre pueden dar y que a veces queriendo, tampoco pueden; a veces roban -el hambre les obliga- y miran y sienten sobre sí y alrededor de sí y durante años, durante infinitos años, aquella vida sórdida. No pueden pensar en otra cosa que en subsistir y el que no piensa más que en subsistir termina por en canallarse; lo primero es comer y para comer se recurre a todo” (p. 188). Más adelante, el autor acota: “Comimos en silencio, como en día de semana”(p. 250).

Carlos Sepúlveda Leyton (1892- 1941) es uno de los primeros autores en tratar de expresar la vida del moderno proletariado urbano. Ricardo Latcham decía que Sepúlveda Leyton se anticipa a “la corriente social que imperó en la novela y el cuento chilenos entre 1940 y 1950”. Hizo una trilogía: *Hijuna* (1934), *La Fábrica* (1935) y *Camarada* (1938), en las que se presentan facetas del proletariado urbano de las tres primeras décadas del presente siglo. *Hijuna* es la historia de un niño, Juan de Dios, que vive en el barrio Matadero. Se narra su vida en el colegio; su enamoramiento de la profesora Lucía, la vida de los vecinos del conventillo. Presenta la fiesta religiosa de Cuasimodo en un barrio popular, con sus manifestaciones paganas. Califica de “acomodados” a los obreros de la Fábrica de Cartuchos por sus mejores salarios y estabilidad en el trabajo en relación a los pobladores del Zanjón de la Aguada: “Los obreros de la Fábrica de la Fábrica de Cartuchos se distinguen por su corrección disciplinada y ningún obrero de la Fábrica vive más allá del cequión que corta en dos y, al cortarla, da dos fisonomías distintas a nuestra calle pomposamente llamada Avenida de la Penitenciaría. Los trabajadores del Matadero viven al final de la calle, pasado el cequión...” (Carlos Sepúlveda Leyton: *Hijuna*, Ed. Nascimento, Stgo., 1971, p. 84).

Otro autor, Nicómedes Guzmán (1914-1964), logra dar una visión certera y neorrealista de la vida proletaria. Ricardo Latcham ha señalado que con *Los hombres oscuros*, Guzmán supera la visión anterior del conventillo santiaguino, la objetividad elegante de González Vera, el intuitivo naturalismo de Romero y los tiernos y poéticos atisbos de Sepúlveda Leyton (...) Su diferencia

con los demás estriba en que no se detiene en la simple miseria proletaria, sino que profundiza en la lucha que ella provoca...

En *La Sangre y la Esperanza* madura y se despliega en facetas de una vitalidad creadora. Aquí se historia un barrio, con sus características inconfundibles y dentro del determinismo fatalista de la miseria, del dolor y de la explotación del hombre. Asistimos a la autobiografía de un niño obrero, criado en un barrio santiaguino y amasado con el barro esencial de nuestro pueblo. El tipo que simboliza Enrique Quilodrán, hijo de un maquinista y de una lavandera, encarna a millares de criaturas cuya historia verdadera no se ha escrito.

El padre del personaje central era dirigente del Consejo de Federados tranviarios de la FOCH y tenía su pequeña biblioteca: "Mi padre en el lecho, se esforzaba por olvidar sus dolencias, fijando su voluntad en las páginas de algún libro, de los tantos que poblaban los anaqueles de un pequeño estante" (170). Su enfermedad obligó a la familia a empeñar el anillo de matrimonio en la "Casa de Préstamos y Montepío La Estrella Lacre".

Se muestra, asimismo, la realidad de los "albergues" de la década de 1920: "La cesantía en la zona salitrera era pavorosa. La capital parecía estremecerse bajo el peso de la humanidad mísera y hambrienta que los trenes arrojaban sobre su cuerpo duro y frío. Los harapos hacían muecas en las calles, muecas con sebo y piojos, con llantos de niño y tetas exangües de hembras aniquiladas. Los albergues mostraban su cuerpo horrible de falso hogar (...) El interior del albergue ardía de movimiento. Se acercaba la hora del almuerzo (...) los hombres mataban las horas a la caza del piojo y del mendrugo limosneado. Las manos esperanzadas tras una herramienta de trabajo. El derecho más inalienable se perdía ya para la honra del hombre. Pero se estimulaba el derecho al piojo" (p. 262, 263 y 291).

Estas novelas y cuentos que hemos analizado, desde el tema minero hasta los escritos sobre la situación de los trabajadores, pasando por la novela campesina y de puertos, constituyen una fuente documental y testimonial para reconstruir el pasado y una vertiente epistemológica nueva para la ciencia histórica. Se ha escrito mucho sobre la historia del movimiento obrero y campesino de Chile, pero con poca carne y menos vivencias; mucho menos comprendiendo la vida cotidiana de los seres humanos que producen la riqueza del país y forjan nuestra historia.